



Homilía en la fiesta de Santa Teresa de Jesús

Alba de Tormes, 15 de octubre de 2020

La Palabra de Dios nos llama hoy a renovar el gozoso encuentro del tesoro del reino de los cielos, iluminados por “*el espíritu de sabiduría*”, que Dios concede a quienes lo suplican con fe y perseverancia.

El anhelo de la sabiduría encuentra su plena satisfacción en la dócil acogida del Espíritu Santo, que nos hace “*hijos de Dios*”, libres de la esclavitud que encierra en el temor, y suscita en nosotros el amor filial y la confianza para clamar: “*¡Abba, Padre!*”

Hoy confesamos también con alegría y acción de gracias que el Espíritu ha hecho manar en nuestras entrañas los *ríos de agua viva* que Jesús había prometido a la mujer de Samaría y a todo “*el que tenga sed*”, vaya a él y beba con fe.

Para saciar la sed de las monjas de San José, en su encuentro con el Señor en la oración, la Madre Teresa les ha descrito en el ***Camino de perfección*** un itinerario espiritual, que es también guía para los cristianos individuales y para las comunidades y grupos cristianos que quieren vivir en todo tiempo de acuerdo con el Evangelio.

De forma directa e inmediata, la Santa quiere exponer a sus monjas “*lo principal para lo que el Señor nos juntó en esta casa*” (CV 3,1). Y ante los grandes males que aquejaban a la Iglesia de su tiempo, recalca que “*no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia.*” (CV 1,5).

En consecuencia, comienza el libro exhortando a las monjas a comprender y vivir las claves fundamentales de su reforma del Carmelo. Y se refiere en primer lugar a **la pobreza y la oración**, de la cual le han pedido expresamente las monjas que les enseñe (cf. CV 4,3).

1. La pobreza

En su nueva forma de vida monástica, que ha prescindido de la renta como base de sustentación, es preciso enseñar a las monjas a descuidarse de las necesidades corporales y a cultivar el bien que hay en la pobreza. Por ello les dice: Poned “*los ojos en vuestro Esposo; Él os ha de sustentar; contento Él,..., os darán de comer... vuestros devotos, como lo habéis visto por experiencia...; pues dejáis la renta, dejad el cuidado de la comida; si no, todo va perdido*” (CV 2,1).



“La santa pobreza... es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande” sobre todos los bienes del mundo. Y el pobre está muy honrado *“en ser verdaderamente pobre.”* (CV 2,5).

2. La oración

En este punto recuerda la Madre a sus hijas que la primera Regla de la Orden dice *“que oremos sin cesar”*; pero al hacer esto *“no se dejarán de cumplir los ayunos y disciplinas y silencio que manda la orden; porque ya sabéis que... regalo y oración no se compadecen.”* (CV 4,2).

En consecuencia, introduce el asunto de la oración de esta manera: *“Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración”* (CV 4,3). *“Sólo tres me extenderé en declarar... La una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza a todas.”* (CV 4,4).

3. Amaros mucho unas a otras

Este es el fundamento de todo lo demás, *“porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman... y si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás; mas, más o menos, nunca acabamos de guardarle con perfección.”* (CV 4,5).

La Santa se ocupa en explicar *“cómo ha de ser este amarse y qué cosa es amor virtuoso”*. (CV 4,11). Hay un amor espiritual no afectado en su pureza por la sensualidad y la ternura de nuestra naturaleza; y un amor espiritual que va unido con nuestra sensualidad o flaqueza o buen amor, que es lícito, como el de los familiares y amigos (CV 4,12).

Resalta el amor espiritual en el que no interviene pasión alguna; porque la pasión desconcierta el amor (CV 4,14). Y espera que el Señor *“no permitirá que personas que han de tratar siempre en oración puedan tener voluntad sino a quien sea muy siervo de Dios”* (CV 4,15). *“No consintamos, ¡oh hermanas! Que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre”* (CV 4, 8).

En consecuencia, Teresa llama con fuerza la atención sobre los enredos y los notorios daños de las amistades que no están orientadas a ayudar a amar más a Dios, sino que buscan tiempo para hablar a la amiga y decirle lo que la quiere y otras cosas impertinentes; que sienten el agravio que se hace a la amiga y desean tener algo para regalarla. Estas amistades crean bandos en las comunidades e impiden que todas sean amigas, que todas se quieran y se ayuden, por amor del Señor (CV 4, 6-7).



Frente a estas desviaciones de la amistad, la Santa orienta a sus monjas hacia el amor espiritual perfecto, que tiene su motivación en Dios, no busca ser recompensado, y desea para el amado los bienes espirituales. Y plantea el asunto con realismo y desde su experiencia. *“El amor, cuando de alguna persona lo queremos, siempre se pretende algún interés de provecho o contento nuestro, y estas personas perfectas ya todos los tienen debajo de los pies los bienes que en el mundo les pueden hacer y regalos”*. Los contentos ya sólo los pueden tener *“con Dios o en tratar de Dios. Pues ¿qué provecho les puede venir de ser amados?”* (CV 6,6).

*“Porque, cuando mucho nos hayan querido, ¿qué es esto que nos queda? Así que, si no es para provecho de su alma...no se les da más ser queridas que no. Pareceros ha que estos tales no quieren a nadie, ni saben, sino a Dios. **Digo que sí aman mucho más, y con más verdadero amor,** y con más pasión y más provechoso amor... Y estas tales almas son siempre aficionadas a dar mucho más que no a recibir; y aun con el mismo Criador les acaece esto”* (CV 6,7).

Las almas perfectas aman en verdad lo que ven, pero *“pasan por los cuerpos y ponen los ojos en las almas y miran si hay qué amar”*. Si lo ven, *“no les duele el trabajo; ninguna cosa se les pone delante que de buena gana no la hiciesen por el bien de aquel alma”* (CV 6,8).

El alma a quien el Señor ya ha infundido verdadera sabiduría no estima en más de lo que vale el amor que sólo dura en esta vida. Si aquí y ahora tiene amor, es la pasión para hacer que esta alma ame a Dios para ser amada por él. Es amor muy a su costa y perdería mil vidas por un pequeño bien suyo. Es un *“¡precioso amor, que va imitando al capitán del amor, Jesús, nuestro bien!”* (CV 6,9). *“**Es amor sin poco ni mucho de interés propio; todo lo que desea y quiere es ver rica aquella alma de bienes del cielo”*** (CV 7,1).

Imitando al buen amador, Jesús, el amor espiritual perfecto abraza *“todos los trabajos y que los otros sin trabajar se aprovechen de ellos”* (CV 7, 4). *“Esta manera de amar es la que yo querría tuviésemos nosotras”* (CV 7, 5). *“Sería cosa terrible ser al contrario y muy recio de sufrir: pocas y mal avenidas no lo permita Dios”* (CV 7,9).

Si acaso, *“alguna palabrilla de presto se atravesare, remédiese luego y hagan grande oración; y en cualquiera de estas cosas que dure, o bandillos, o deseo de ser más, o puntito de honra..., cuando esto hubiese, dense por perdidas. Piensen y crean han echado a su Esposo de casa”* y que le obligan a *“ir a buscar otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen a su Majestad. Procuren remedio.”* (CV 7,10).

4. Desasimiento de todo lo criado

Teresa considera que en el desasimiento “está el todo”, si va con perfección: *“abrazándonos con sólo el Criador y no se nos dando nada por todo lo criado”*. El



desasimio no “*va en huir el cuerpo, sino en que determinadamente se abraza el alma con el buen Jesús, Señor Nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo*” (CV 9,5). En el abrazo con Jesús pueden las hermanas **alcanzar el desasimio de sí mismas**, que es el fundamental. A ellas les corresponde “*procurar este bien de darnos todas al Todo sin hacernos partes... pues en Él están todos los bienes*” (CV 8,1).

En cuanto al desasimio de lo exterior, “*ya se ve cuán apartadas estamos aquí de todo*”. Es una “*gran merced que el Señor ha hecho a las que trajo aquí*” (CV 82).

Es bueno que “*huyamos del mundo*”; y “*hacen bien los que huyen de sus tierras*”. Pero lo que más se pega del mundo “*son los deudos*”, la familia, y es lo “*más malo de desapegar*” (CV 9,5). “*La monja que desee ver deudos para su consuelo..., téngase por imperfecta; crea no está desasida, no está sana, no tendrá libertad de espíritu, no tendrá entera paz*” (CV 8,3). “*El remedio que veo mejor es no los ver hasta que se vea libre*”. Entonces, “*véalos enhorabuena*” (CV 8,4).

La Santa enseña con convicción que el desasimio de sí mismas consiste que cada una ponga gran cuidado “*en andar contradiciendo su voluntad*” (CV 10,1). Tiene la experiencia de que “*apartarnos de nosotras mismas y ser contra nosotras, es cosa recia*” (CV 10,2). Por ello aconseja: “*Nos hemos de detener en mortificar lo interior, pues en esto está el ir todo... muy más meritorio y perfecto, y después obrarlo con más suavidad y descanso*” (CV 12,1).

5. La verdadera humildad

La Santa trata en el mismo contexto, y en continuidad inmediata, del desasimio y de la verdadera humildad. Y lo explica así: Porque **la virtud de la humildad y la del desasimio** “*andan siempre juntas: son dos hermanas que no hay para qué las apartar*”. Estas virtudes son “*señoras de todo lo criado*” y “*liberadoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio*” (CV 10,3). “*Por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces*” (CV 10,4).

“*Estas virtudes... se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve ni acaba de creer que tiene alguna, aunque se lo digan*”. Pero las estima tanto, “*que siempre anda deseando tenerlas*” y las va perfeccionando más en sí (CV 10,4).

La Santa advierte especialmente del peligro de las aspiraciones a mayorías. “*En los movimientos interiores se traiga mucha cuenta, en especial si tocan a mayorías. Dios nos libre... de decir ni pensar para detenerse en ello: si soy más antigua, si he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mejor. Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza; que si se detienen en ellos, o lo ponen en plática, es pestilencia y de donde nacen grandes males*” (CV 12,4). “*Cada una mire en sí lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada*” (CV 12,6).



Carlos López Hernández

Pues la humildad es la prueba del andar en la verdad de la vida consagrada al Señor.

En esta fiesta de Santa Teresa de Jesús damos gracias a Dios una vez más por su vida santa y su luminosa experiencia espiritual. Y suplicamos su intercesión, en comunión con Virgen María del Monte Carmelo, para que alcancemos la gracia de determinarnos a seguir las huellas de Jesús pobre, orante, enseñador y capitán del amor, despojado de su rango, voluntariamente humillado hasta la muerte, y resucitado para la gloria del Padre y para nuestra salvación, que nos es ofrecida en esta Eucaristía por la fuerza del Espíritu.